



**ESTEVA DE LLOBET, M<sup>a</sup> Dolores: *Jorge de Montemayor: Vida y obra de un advenedizo portugués en la corte castellana*, Barcelona, PPU, 2009. 440pp. ISBN: 978-84-4771-053-9**

Tras largos años de investigación dedicados al estudio y edición de la obra de Montemayor, M<sup>a</sup> Dolores Esteva de Llobet ofrece en *Jorge de Montemayor: Vida y obra de un advenedizo portugués en la corte castellana* una visión de conjunto de su trayectoria personal y producción literaria donde trata de armonizar, desde una perspectiva integradora, historia, literatura y espiritualidad con el fin de iluminar en su totalidad el objeto de estudio. Como consecuencia de dicha pretensión, la obra se estructura en dos partes bien diferenciadas, dedicadas, respectivamente, a la vida de Jorge de Montemayor y al estudio de su obra –con particular atención a su vertiente devota–, a las que se añade, en última instancia, un apéndice textual con las *Glosas a la Coplas de Jorge Manrique*, *Fundamenta eius in montibus sanctis*, la *Carta a Diego Ramírez Pagán*, la *Epístola a don Jorge de Meneses* y la *Epístola a un grande de España sobre los trabajos de los reyes*.

A lo largo de la primera parte (pp. 17-85), y a partir de los escasos datos de archivo conservados, la autora recorre la biografía de Jorge de Montemayor apoyándose en la información extraída de su propia obra (útil, a este propósito, tanto por los datos contenidos en los preliminares como por las claves biográficas evocadas en su literatura), en las noticias y comentarios ofrecidos por otros autores y, desde luego, en el estudio detallado del contexto político y religioso que marcó el triunfo inicial y posterior ocaso de este insigne advenedizo portugués en la Corte de Carlos V. Así las cosas, queda dibujada con nitidez en estas páginas la trayectoria de quien, nacido en Montemôr-O-Velho, cerca de Coimbra, a comienzos de la década de 1520, logró acceder a temprana edad a la Corte portuguesa para pasar después a España junto a la princesa María Manuela en 1543. En la Corte española ejercería como cantor de capilla hasta 1552, primero en la Casa de las Infantas (1545-1548) y después en la Casa de la princesa Juana (1548-1552), con quien volvería a Portugal para sus desposorios. Tras la trágica muerte del heredero lusitano, sin embargo, Montemayor habría de regresar a España en 1554, partiendo al poco tiempo hacia el norte de Europa junto al príncipe Felipe, a quien sirvió en Inglaterra y Flandes durante el convulso período que concluyó con la victoria de San Quintín y la paz de Cateau-Cambresis (1559).

Caído en desgracia y señalada su obra devota en el *Índice* de Valdés, Montemayor se alejaría definitivamente de la Corte en 1559, tras el regreso de Felipe II a la Península, refugiándose en Valencia, en primera instancia, y embarcando después hacia el Milanesado. Allí moriría a comienzos de 1561 en extrañas circunstancias.

La peripecia vital que la autora recorre en estos capítulos nos sitúa, por consiguiente, en la escena cortesana española y portuguesa entre los años 1543 y 1561, período de gestación y publicación de la práctica totalidad de su obra, cuya forma y contenido se explica cabalmente a la luz de los usos cortesanos y, sobre todo, de las corrientes espirituales a las que Jorge de Montemayor se mostró afín a lo largo de toda su vida. Es en este punto, precisamente, donde Esteva de Llobet se muestra más convincente en sus observaciones, pues sitúa con acierto a Montemayor en la órbita de la observancia dominica y franciscana, del recogimiento y de aquellas corrientes reformistas católicas que, con anterioridad al Concilio de Trento (y siempre desde la ortodoxia), trataron de perfeccionar la vida espiritual española por medio de una fe vivencial e interiorista no reñida, sin embargo, con la razón. De ahí que el caso de Montemayor se asemeje tanto al de Bartolomé Carranza – como muy bien señala la autora –, quien se vio censurado y procesado a causa de envidias y rencores personales, surgidos entre los colegas de San Gregorio y reavivadas por el enfrentamiento faccional que sacudía la Corte de Felipe II, más que por la doctrina expuesta en su *Catecismo*. En lo que respecta al lusitano, en todo caso, tanto su espiritualidad interiorista y afectiva, como su postrera condena inquisitorial, se comprenden sin dificultad con el apoyo de los estudios sobre la Corte –no empleados por la autora–, pues, como es bien sabido, el círculo cortesano portugués –la oposición política– estuvo siempre vinculado al recogimiento (doña Juana de Austria), a la compañía de Jesús en sus primeros tiempos (Francisco de Borja) y a la observancia dominica (fray Luis de Granada y Bartolomé Carranza), corrientes que, en líneas generales, fueron acusadas de iluminismo o luteranismo en el *Índice* de 1559, un índice “político” utilizado sin escrúpulos por Fernando de Valdés y Melchor Cano contra sus enemigos, entre los que se hallaba el ebolista Jorge de Montemayor. De manera que, en lo que concierne al relato biográfico presentado en la obra, se hace preciso todavía una revisión del tema que, sin alterar en lo fundamental lo expuesto por Esteva de Llobet, permita apuntalar desde una lógica cortesana las noticias reseñadas.

La segunda parte del libro se inaugura con el extenso capítulo VI, “Su obra literaria. Ideología, descripción y caracteres” (pp. 89-201), donde la autora dedica sus esfuerzos a una clasificación y descripción general de la obra montemayoriana, no en función de sus géneros, sino desde un punto de vista ideológico y metafísico, entrando de lleno en el análisis de su obra devota, profana, política y moral con el fin de reivindicar su valía frente a una tradición crítica que lo ha considerado en ocasiones como autor secundario.

Entrando ya en materia, define en primera instancia el perfil intelectual del lusitano, que, a pesar de no corresponderse con el de un humanista, viene marcado por el dominio de una cultura de referencia clásica y latina, propia de su oficio de cantor de capilla, a la que se añade un profundo conocimiento de la Sagrada Escritura, su fuente de inspiración por excelencia, que lo faculta para practicar la exégesis y hermenéutica bíblicas al modo de un perfecto teólogo. Como fue típico entre los poetas de su generación, inmediatamente posterior a la de Garcilaso, Montemayor alternó en su obra poética los nuevos modos italianos con los antiguos usos (populares y cancioneriles) de la tradición castellana, si bien su fama literaria se debe ante todo a ser el fundador del género pastoril con los *Siete libros de la Diana*, obra que ha sido siempre ponderada dentro de un *corpus* fundamentalmente religioso

Del mismo empieza a dar cuenta con su estudio del *Diálogo espiritual* (pp. 90-126), como pieza representativa de la prosa religiosa, en el que Dileto y Severo conversan en una ermita, alejados de la Corte, acerca de la doctrina cristiana –en una primera parte donde predomina una didáctica catequética positivista e historicista basada en la armonización de la tradición hebrea y cristiana– para recorrer después, en una segunda parte de carácter alegórico, el camino ascético que habrá de llevar al iniciado a penetrar, por sus siete puertas, en la Jerusalén celeste. Conservado a través de un manuscrito de 1547, el *Diálogo espiritual* pone ya de manifiesto, en fecha temprana, la cercanía de Montemayor a la observancia franciscana (Osuna, el anónimo autor de *El deseado*), así como ciertas concomitancias con la doctrina de Juan de Valdés, que revelan ya la carga interiorista y afectiva de una espiritualidad que, en todo caso, no rebasó jamás los límites de la ortodoxia, tal y como trata de demostrar, ciñéndose al texto, Esteva de Llobet. Lo más valioso y original de su análisis, no obstante, es la cuidada indagación que la autora realiza del sustrato cabalístico y neoplatónico subyacente al proceso ascendente de conocimiento que, en sentido contrario a la creación, conduce al hombre espiritual hacia la luz divina –de la que fue apartado por culpa del pecado– tras un arduo período de preparación interior y de renunciaciones materiales.

Tras una rigurosa descripción de sus cancioneros –génesis, contenido, fecha de impresión y ediciones modernas– (pp. 127-135), la autora emprende una minuciosa descripción de su obra poética de cancionero (pp. 135-149), para pasar sin dilación a *La Diana* (pp. 149-156), de la que destaca, además de su carácter fundacional, su sensibilidad espiritualizada y hermética, que permite ahondar en los problemas que sacuden el corazón del hombre, ese mundo interior íntimo y privado vinculado inexorablemente a misterios como el amor, el destino y la muerte. Finalmente, en su análisis de los tratados políticos y morales emprende el comentario de la *Epístola a un grande de España sobre los trabajos de los reyes* (pp. 156-162) –transcrita en el apéndice final (pp. 417-428)–, pieza en la que Montemayor aboga por la armonía entre el fin natural y el fin último, sobrenatural, que ha de orientar el virtuoso proceder de reyes y ministros (siempre entre ética y política); el *Regimiento de príncipes* (pp. 163-164), escrito en verso, donde reincide sobre la imprescindible rectitud moral del gobernante; y, finalmente, el *Aviso de discretos* (pp.164-200), profusamente estudiado, donde el portugués configura, a partir de consejos prácticos (avisos), un patrón de conducta moral para el hombre de su tiempo. La estructura de esta última obra, también en verso, ofrece una elocuente muestra de las inclinaciones y lugares comunes que, constantemente, jalonan la literatura de Montemayor, pues los consejos morales reseñados se ilustran por medio de diversos *exempla* extraídos de la Biblia (desde Adán a Cristo, en progresión cronológica) que se erige de nuevo en referente y faro de su pensamiento. Este resulta, en realidad, el rasgo más original y característico de estas composiciones, pertenecientes al llamado *discurso cortesano*, en las que se pone de manifiesto la armonía y coherencia existente entre el *corpus* profano y religioso de Montemayor, cuyas concepciones metafísicas y espirituales inundan e inspiran, en rigor, toda su obra, tal y como demuestra Esteva de Llobet al rastrear exhaustivamente las fuentes de sus composiciones políticas y morales.

Seguidamente, en el capítulo VII, “Aspectos estéticos y claves simbólicas de la obra profana” (pp. 203-241), investiga acerca del código amoroso al que se ciñe Montemayor, revisa los tópicos más recurrentes de su escritura (la belleza idealizada, la mirada, la naturaleza animista, el bucolismo) y analiza los mitos (Eco y Narciso, Píramo y Tisbe, etc.) con los que canaliza e ilustra su experiencia sentimental. Como en anteriores ocasiones, lo más original de su lectura se localiza en el estudio de los elementos esotéricos, que también abundan entre las páginas de la *Diana*. En particular, indaga acerca de los elementos simbólicos que inundan el palacio de la sabia Felicia (formas, materiales, ornamentos, vegetación), y afloran también en las ceremonias y rituales acontecidos en su interior, destinados a la transmutación del alma humana mediante operaciones compatibles con la cábala y la alquimia.

Por esa vía, Montemayor explora sutilmente los matices y contradicciones de la experiencia amorosa (ejemplificada y diversificada en los distintos casos allí presentados), ante la que adopta una mirada introspectiva muy semejante a la empleada en su obra devota. En ese sentido, la máxima expresión de su inquietud intelectual es el debate con el que cierra el Libro IV de la *Diana*, en el que numerosas cuestiones –¿cuántas clases de amor existen?, ¿qué sucede cuando el amor se atempera tras su consumación?, ¿la ausencia mitiga el amor?, etc.– saltan a la palestra con objeto de teorizar y arrojar luz sobre el sentimiento.

Tras una rápida incursión en su faceta de músico, traductor y dramaturgo (pp. 243-253), la autora se interna de nuevo en la obra religiosa de Montemayor para analizar sus claves y fundamentos teológicos en el capítulo IX, “Claves estéticas de su obra devota” (pp. 255-317).

En él explica con claridad y acierto cómo el amplio conocimiento de la Biblia exhibido por Montemayor se corresponde con el renacer de los estudios de Sagrada Escritura tanto en la universidad de Alcalá como en la de Salamanca, así como con la preferencia mostrada por los observantes (franciscanos, dominicos, carmelitas y agustinos) por el manejo directo de las fuentes frente a la teología escolástica, que les resultaba demasiado científica e ineficaz para la vía espiritual que trataban de recorrer. A partir de esta premisa, a lo largo del presente capítulo la autora describe, obra, por obra, del modo en que Montemayor practica la exégesis bíblica, explicando el modo en que aborda y amplifica –a través de reelaboraciones poéticas, paráfrasis y exposiciones– los principales temas de la Sagrada Escritura, tarea donde se manifiestan las bases de su pensamiento religioso. En ese sentido, el tema clave en la obra devota de Montemayor es la hermenéutica del Reino de Dios, y la historia de la redención humana, de manera que, en los textos del Antiguo Testamento, el lusitano rastrea la gestación de un Reino oculto, en ciernes, que solo se desarrolla y consume con la venida de Cristo, conforme al relato del Nuevo Testamento. Por eso, en esta primera fase de su experiencia espiritual, que se corresponde con la redacción del *Diálogo espiritual*, Montemayor necesita recurrir, genéticamente, al origen histórico de los misterios de la fe donde se anuncia o profetiza la venida del Salvador, la Encarnación, la Trinidad, la venida de los Magos, etc. En un segundo estadio, sin embargo, cuya máxima expresión sería el *Segundo cancionero espiritual*, verdadero retablo de la historia cristiana, predomina una visión focalizada en el Reino de Dios y en las figuras de Jesús y la Virgen María, tabernáculo del Redentor, con quienes queda sellada la Nueva Alianza. Como ejemplo de la espiritualidad afectiva –aunque nunca escindida de la razón– que Montemayor practica en esta época de madurez puede tomarse su paráfrasis poética de la *Pasión de Cristo*, donde trata de suscitar, en la línea del beneficio de Cristo, la devoción y el recogimiento en un lector sensibilizado ante el martirio de Jesucristo.

Finalmente, el capítulo X, “Incidencias literarias de segundo orden y otras fuentes mediatas de su espiritualidad” (pp. 319-347), permite situar con precisión en su contexto histórico y espiritual la obra devota de Montemayor, atando muchos de los cabos lanzados en páginas anteriores. Así, Esteva de Llobet corrige y precisa las afirmaciones de la tradición crítica que situaban a Montemayor –como a tantos otros espirituales– en la órbita del erasmismo o del iluminismo valdesiano, para afirmar que fue más bien la observancia franciscana y dominica y el recogimiento las corrientes que, dentro de una ortodoxia católica reformista, inspiraron la fe y la obra de Jorge de Montemayor. Al rechazo del método verbosista y la preferencia por la Sagrada Escritura, se unió su exaltación de los beneficios de Cristo, que constituye el eje sentimental y teologal de las nuevas formas de piedad inspiradas en la *Vita Christi* de Ludolfo de Sajonia.

Si a todo esto añadimos su estrecha relación con los dominicos de San Gregorio de Valladolid, su amistad con Bartolomé Carranza o el empleo de fuentes tan significativas como Girolamo Savonarola o Raimundo de Sabunde, en fin, tendremos claramente esbozado el perfil espiritual de un profundo creyente que supo proyectar en toda su obra, devota y profana, una visión de mundo y del hombre firmemente anclada en su fe y en la ética y estética derivadas de la misma. Fue precisamente aquella fe vivencial e interiorista la que señaló su decadencia, cercado en un mundo de enemigos, ya en la España de Felipe II, donde no hubo cabida, a las puertas del confesionalismo, para quienes, aun dentro de la ortodoxia, trataban de ir más allá de esa espiritualidad intelectualista y formalista, idónea para el control social por parte de la Corona, encarnada por Fernando de Valdés y Melchor Cano.

En suma, pues, *Jorge de Montemayor: Vida y obra de un advenedizo portugués en la corte castellana* constituye un estudio sobre la vida y la obra del autor portugués de imprescindible consulta para quienes aborden en adelante su escritura, particularmente valioso por su afán integrador y, sobre todo, por el laborioso estudio de su producción espiritual, cuyas fuentes y sentido han quedado aclaradas debidamente. De este modo, se hace ya posible situar a Montemayor entre aquellos espirituales que, como Francisco de Borja, fray Luis de Granada o el propio Carranza, supusieron una alternativa posible de renovación dentro del catolicismo que, por circunstancias ajenas a su doctrina, se vieron censurados por la Inquisición y condenados al destierro o al ostracismo, apartados, en fin, hacia una vía muerta de la historia de España.

## RESEÑAS

Como testimonio de aquella veta truncada, de aquella rica experiencia espiritual –ni erasmista, ni luterana; ni iluminista, ni heterodoxa–, en todo caso, ha quedado la obra de Montemayor, desterrada también para la crítica durante décadas, y solo recuperado ahora por valiosas aportaciones como el presente trabajo de M<sup>a</sup>. Dolores Esteva de Llobet, a partir del que sin duda el hispanismo y los estudios sobre la Corte podrán explorarse en el futuro –siempre entre historia, literatura y espiritualidad– nuevos caminos.

**-Eduardo Torres Corominas-**

**Universidad Complutense de Madrid**